



Retiro Espiritual para Comunidades Salesianas

Curso 2012-13



Don Bosco, padre y maestro espiritual

Eugenio Alburquerque, sdb

La finalidad de esta reflexión es presentar a don Bosco como director espiritual y señalar los rasgos más característicos de su dirección espiritual. En la escuela de don Bosco, de su mano, muchos de sus hijos como también de sus jóvenes, recorrieron el camino de la santidad. Es posible hablar de una escuela de santidad salesiana: en ella crecieron Rua, Rinaldi, Versiglia, Caravario, Savio y tantos otros.

1. Don Bosco, dirigido espiritual

Según las *Memorias del Oratorio*, el primer verdadero guía espiritual de Juan Bosco es don Calosso, “anciano sacerdote”, “capellán de Morialdo”, “hombre muy piadoso”. El adolescente Bosco lo conoce en el camino de regreso de Butigliera, donde ha escuchado el sermón de un misionero (1829). Su recuerdo es para él imperecedero. Muchos años más tarde asegura: “Me puse enseguida en las manos de don Calosso, que llevaba solo unos meses en aquella capellanía. Me manifesté a él tal cual era; confiándole con naturalidad toda palabra, pensamiento y acción. Lo cual le agradó sobremanera, porque de ese modo podía guiarme en lo espiritual y en lo temporal con un mejor conocimiento de la realidad”. Anota también algunos de sus consejos y recomendaciones y, sobre todo, comenta: “Conocí entonces el significado de un guía fijo, un amigo fiel del alma que hasta entonces no había tenido” (MO 20-23).

Pero este guía y bienhechor muere repentinamente, desapareciendo muy pronto de la vida de Juan Bosco. Sin embargo, aquel mismo año (1830), la divina Providencia le hizo encontrar un nuevo amigo, que muy pronto se convertiría en el maestro decisivo de su vida espiritual y apostólica: José Cafasso. Don Bosco confiesa: “fue mi director espiritual y, si he realizado algún bien, se lo debo a este digno eclesiástico, en cuyas manos deposité todas las decisiones, aspiraciones y acciones de mi vida” (MO 88).

El influjo del santo en Don Bosco se desarrolla e intensifica de manera especial durante los tres años que transcurre en el Colegio Eclesiástico. El sacerdote Juan Bosco ingresa en el Colegio Eclesiástico por

indicación expresa de Don Cafasso. Él mismo lo narra de forma familiar: “Terminadas las vacaciones me ofrecieron tres empleos para escoger uno de ellos: preceptor en casa de un señor genovés, con la paga de 1000 francos al año; capellán de Morialdo, en donde los buenos campesinos, por el vivo deseo de tenerme con ellos, doblaban la paga de los capellanes anteriores; vicedeán en mi pueblo. Antes de tomar una decisión definitiva viajé a Turín para pedir consejo a Don Cafasso, quien –desde hacía varios años- era mi guía en las cosas espirituales y temporales. El santo sacerdote lo escuchó todo /.../. Sin dudar un momento me dijo estas palabras: “Necesita estudiar moral y predicación. Renuncie por ahora a toda propuesta y venga al *Convitto*. Seguí gustoso su sabio consejo y el 3 de noviembre de 1841 entré en dicho *Convitto*” (MO 85-86).

Realmente, Don Cafasso fue un buen sembrador, y Don Bosco el terreno excelente en el cual la semilla fructificó al ciento por uno. Además del mérito incomparable de haber esculpido la santidad de Don Bosco, le corresponde el de haber sido durante más de veinte años su guía. Cuando conoce la misión que Dios confía a su discípulo, se pone generosamente a su lado para iluminarlo y apoyarlo. Si Don Bosco duda sobre su vocación, Don Cafasso disipa la indecisión y perplejidad (MBe I. 297); si piensa en hacerse franciscano, es Don Cafasso quien lo disuade (MBe I, 254); si el deseo de una vida más perfecta le orienta hacia los Oblatos de María, un no firme y decidido de Don Cafasso lo retiene de dar el paso (MBe 407-408). Si Don Bosco se siente inseguro sobre si debe dar fe a los sueños que progresivamente le revelan el porvenir, Don Cafasso lo libra de todo escrúpulo.

En la escuela de Don Cafasso y junto al maestro comienza a visitar las cárceles, uniendo a la teoría la práctica del ministerio pastoral. Y al terminar los años de formación sacerdotal, él mismo le ayuda a tomar la decisión conveniente para seguir la voluntad de Dios en el desarrollo de la misión que le tiene confiada. Por consejo de Don Cafasso, Juan Bosco toma unos días de vacaciones. A la vuelta le comunica su primer destino sacerdotal: será director del pequeño hospital de santa Filomena y trabajará también en la Obra del Refugio de la marquesa Barolo. Si aparentemente tal consejo parecía oponerse a las inclinaciones del joven sacerdote, muy pronto puede sentir Don Bosco que es el camino, duro y tortuoso, por donde Dios quiere llevarle.

Comienza de manera muy pobre y humilde la obra de Don Bosco, que en medio de sus múltiples actividades y preocupaciones, mantuvo siempre la relación con su maestro.

Realmente, Don Bosco descubre en Cafasso al maestro y al modelo de su vida sacerdotal. Sin embargo, Cafasso no pretende hacer a Don Bosco a

su imagen y semejanza; y, por su parte, tampoco Don Bosco copia a Cafasso, sino que lo imita según sus propias aptitudes personales.

De forma sintética se puede decir que Don Bosco encuentra en Don Cafasso, ante todo, al padre bueno y al guía seguro que necesitaba para alcanzar la madurez humana, curando la confusión y las heridas que pudiera arrastrar desde su niñez. A través de su enseñanza en el Colegio Eclesiástico encuentra también la madurez teológica, complementando las posibles carencias de la formación en el seminario de Chieri. Bajo su dirección alcanza la madurez vocacional, que lo lleva a una opción definitiva por los jóvenes. Y, finalmente, a través de la experiencia de la dirección espiritual, Don Bosco alcanza la madurez espiritual que le conduce a una espiritualidad basada en el amor de Dios y en la caridad pastoral, una espiritualidad verdaderamente “salesiana” (Cf. LENTI, 1, 345-346).

2. Acompañar educando

En Valdocco, don Bosco, pastor educador, inicia una verdadera escuela espiritual. En ella une, de manera admirable, la acción educativa y la orientación y guía espiritual de los jóvenes. Su sistema preventivo está totalmente impregnado de la religión; y en su quehacer educativo, el seguimiento-acompañamiento espiritual no es algo accidental, sino esencial. No se limitó simplemente a las actividades pastorales tradicionales (predicación, catequesis, sacramentos), ni tampoco al simple encuentro y coloquio individual. Creó un ambiente educativo, rico en relaciones humanas y en propuestas formativas.

La preocupación de don Bosco se centra en situar a los jóvenes en un ambiente formativo global, capaz de ayudar a desarrollar un verdadero proceso educativo. Por ello, el acompañamiento no se limitaba al momento del coloquio íntimo o al sacramento de la confesión. Estaba integrado en el proceso, formaba parte de él; pero estaba íntimamente unido y relacionado a la acción educativa del Oratorio. La relación espiritual era, en realidad, prolongación de la relación humana entablada entre acompañante y acompañado, en un clima de familia, de entrega generosa, de presencia y encuentro amistoso en los momentos de la vida cotidiana, el trabajo, el deporte, la distensión y el ocio. Para cada uno de los muchachos del oratorio de Turín, don Bosco, confesor y director espiritual, era también quien lo acogía afectuosamente, lo instruía, lo educaba, lo estimulaba a dar lo mejor de sí mismo.

Además, junto a don Bosco, en el ambiente educativo generado en su casa, estaban los asistentes, formadores, educadores, jóvenes amigos con los que se podía compartir los mismos valores. A todos estaba

encomendado el acompañamiento educativo de los jóvenes, cuyo vértice era, sin duda, el acompañamiento espiritual.

En las biografías de los muchachos que frecuentaron el Oratorio, escritas por don Bosco (Savio, Besucco, Magone) emergen indicaciones y sugerencias sobre el modo de preparar el terreno al acompañamiento espiritual. Desde el primer momento, el Santo intenta crear las condiciones favorables para la relación formativa, abriendo con los muchachos un canal comunicativo lleno de afecto. Con intuición y sagacidad desarrolla procesos psicológicos que buscan destruir prejuicios e indiferencia y crear confianza y simpatía recíproca. Quiere conocer la persona del joven, su historia, su condición, su carácter, sus aspiraciones, y comprender sus deseos y necesidades. Así, el muchacho se siente escuchado, sostenido y querido. Y surge en él el reconocimiento, la confianza y la disposición a la colaboración educativa.

Lo demás viene después, una vez que el joven se ha introducido en el ambiente educativo del Oratorio y empieza a tomar conciencia de la propia interioridad, de sus necesidades y deseos. Entonces, la confianza en el amigo lo lleva a la apertura del corazón sin resistencias. Se puede apreciar, por ejemplo, el cambio que acaece en el modo de obrar y pensar de Magone después de su confesión general: “Comenzó a frecuentar los santos sacramentos de la confesión y de la comunión; y las prácticas de piedad que antes le despertaban repugnancia, después las frecuentaba con gran alegría. Más aún, sentía tanto placer en confesarse e iba con tanta frecuencia, que el confesor tuvo que moderarlo para impedir que quedase dominado por los escrúpulos” (*Vidas de jóvenes*, 158-159).

Magone siguió siendo alegre y vivaz en el patio, “no había juego en el que no sobresaliese”. Pero comenzó también a ser del todo ejemplar en el cumplimiento de los deberes cotidianos, así como en la atención y servicio a sus compañeros. Después de estos primeros pasos se lanza decididamente por el camino de la vida espiritual, acompañado por la dirección sabia del Santo.

Según anota Caviglia, en el libro de don Bosco, Miguel Magone es un muchacho de tantos, “uno más del montón, arrancados a la calle que formarán año tras año la población de los hijos de don Bosco en el Oratorio festivo y en el internado, no es un díscolo de correccional, ni un menor de edad delincuente, sino un muchacho que, descuidado, está a punto de serlo /.../; la mano de don Bosco lo alcanza a tiempo, y hace en él un alma de santo”¹. Esta es la lección pedagógica que nos da don Bosco en este escrito, cuya tesis, según el mismo Caviglia, es verdaderamente una tesis de índole

¹ A. CAVIGLIA, “Il Magone Michele. Una clásica esperienza educativa”, SEI, Turín 1950. Seguimos la traducción española que se encuentra en: J. M. PRELLEZO, *Educación con don Bosco. Ensayos de pedagogía salesiana*, Editorial CCS, Madrid 1997, 67-139; aquí, p. 70.

espiritual. Comparando las biografías de Savio y Magone, dice: “Si en Domingo Savio se puede ver la virtud nacida con él y cultivada hasta el heroísmo a lo largo de toda su vida, en Magone se asiste a otro proceso espiritual: es un jovencito que abandonado a sí mismo, corría el riesgo de recorrer el camino del mal; el Señor le llama y él, secundando la gracia de Dios, llega a producir admiración en cuantos le conocieron; alcanza rasgos de virtud y sentimientos superiores a su edad, en resumen, no comunes”². Para don Bosco, todo ello fue trabajo y fruto de la gracia. Pero Caviglia añade: fruto también de su educación y acompañamiento espiritual.

Las biografías escritas por don Bosco manifiestan con claridad que seguía con mucha atención y cuidado, los procesos de la vida moral de sus muchachos, el esfuerzo por corregir los defectos y practicar las virtudes, el cumplimiento de sus deberes de la vida ordinaria, la caridad para con los demás, los itinerarios formativos de superación, de formación humana y espiritual, la amistad con Jesucristo, la devoción a la Virgen. Para él, acompañar espiritualmente era una necesidad y una urgencia de su amor pastoral y educativo, de su celo por la salvación de las almas; y formaba parte del entramado de toda su actividad y creatividad pastoral. De manera particular, la presencia-asistencia entre los jóvenes constituía un acompañamiento educativo de calidad. Era el momento de la expresión sencilla de la atención, cuidado, respeto y amor al educando. En la asistencia vivía el principio clave de su sistema educativo: la preventividad. Por definición, la asistencia es para don Bosco, preventiva y amorosa.

3. Confesando dirigía a sus hijos

Al sistema educativo de don Bosco se le ha llamado “sistema educativo-sacramental”, debido a la importancia que tienen en él los sacramentos. Para don Bosco, Penitencia y Eucaristía constituyen las columnas de su edificio educativo: “La confesión frecuente, la comunión frecuente, la misa diaria son las columnas que deben sostener un edificio educativo del que se quiera mantener lejos la amenaza y el castigo.

Hay que anotar que, cuando don Bosco habla de la confesión se refiere tanto a su significación sacramental cuanto a su orientación educativa de formación espiritual. En este sentido exhorta frecuentemente a los confesores para que la administren dignamente, de modo que sirva como medio de educación y dirección espiritual de las almas.

3.1. Dirección espiritual en la confesión

² Ibidem 72.

Como destacaba más arriba, don Bosco dirigía espiritualmente a sus muchachos del Oratorio, aprovechando las múltiples situaciones, circunstancias y medios que le ofrecía la jornada diaria. Pero lo hacía especialmente en el confesonario. Verdaderamente, como asegura Caviglia, “confesando dirigía a sus hijos y les devolvía la paz del corazón, la certeza de ser amados y perdonados por Dios”.

Ante todo, la verdadera dirección espiritual comenzaba, para don Bosco, con una buena confesión general, que devolvía e impulsaba la vida de gracia del joven. Inmediatamente le seguía la propuesta espiritual: “servir al Señor con alegría”, que para don Bosco, era sinónimo de santidad y que se concretizaba en la vida cotidiana. Guiar por este camino era la finalidad de la dirección espiritual. Para comprender cómo don Bosco imprime a la confesión este carácter de dirección espiritual me parecen especialmente importantes tres aspectos: la insistencia en el confesor fijo, la recomendación de una total apertura de conciencia y a poner en práctica sus consejos y, finalmente, sus palabras sobre la frecuencia de la confesión.

3.2. Características de la dirección espiritual en Don Bosco confesor

Como he destacado, don Bosco está convencido de la gran importancia que tiene la dirección espiritual en el progreso moral y espiritual de los jóvenes. De esta convicción, de su experiencia viva y de los múltiples testimonios es posible percibir las características principales que aparecen en su pensamiento y en su praxis pastoral concreta.

Ante todo, hay que resaltar la absoluta libertad que él propone para elegir al confesor. Don Bosco contempla los criterios de tal elección simplemente desde la perspectiva del joven. Le recomienda escoger un confesor en quien tenga confianza y a quien considere adaptado a sus necesidades.

Para garantizar esta libertad de elección, quiere que haya siempre varios confesores para que los jóvenes puedan elegir. Y recomienda a los directores, en cuanto confesores ordinarios de las casas, “dar libertad para confesarse con otros si lo desean”, y que “no aparezca tampoco la mínima señal de parcialidad con quien se confiesa con uno antes que con otro” (MBe X, 962).

Una vez elegido libremente, don Bosco pedía la máxima confianza y apertura. Esto era para él, de suma importancia.

Pero lo que caracteriza especialmente la dirección espiritual de don Bosco es el clima en que se realiza: un clima paterno-filial, lleno de amor y de sencillez. Según Stella, la singularidad de la confesión en Valdocco está especialmente en que don Bosco confesor era el padre, amigo, confidente, guía e ideal de los jóvenes ya en la vida cotidiana. Muchos acudían a su

confesonario con la misma simplicidad y afecto con la que se le acercaban en el patio para escucharlo o simplemente para estar junto a él.

Para don Bosco, el confesor es padre y amigo del alma; y así recomienda vivamente a los sacerdotes: “Acoged con cariño a toda clase de penitentes, pero especialmente a los jóvenes” (*Vidas de jóvenes*, 162). Por tanto, no reñirles, corregirlos con bondad y paciencia, ganarse su confianza y amistad. Verdaderamente, en su actividad de confesor, don Bosco, aún sin escribirlo, ha vivido todo un manual de pedagogía inspirado siempre en su amor paternal.

Esto facilita el conocimiento y la adaptación al temperamento, carácter, inclinaciones y preferencias de cada uno, sin prescindir de las inspiraciones del Espíritu y de la gracia. Esta adaptación a la situación personal se intuye y percibe en las biografías de los jóvenes del Oratorio. Así, en la de Domingo Savio escribe: “El confesor, observando el gran provecho que sacaba en las cosas de espíritu, le aconsejó comulgar tres veces por semana y al final de un año le permitió también la comunión cotidiana” (*Vidas de jóvenes*, 92).

Don Bosco quiere, ante todo, ganarse la confianza del joven para que este le abra totalmente su corazón. Cuando llega a conocerle y a conocer la acción de la gracia en él, interviene paternalmente, con bondad, con unos consejos que se adaptan a la situación y a la vida del muchacho.

Finalmente, como observa Stella, don Bosco era un confesor rápido. Sigue así la práctica recomendada por otros pastores y moralistas, quizá como exigencia concreta cuando era grande el número de penitentes. Pero, sobre todo, sigue en este punto la enseñanza de Cafasso. De él escribe el mismo don Bosco: “Enseñaba el modo de escuchar con provecho las confesiones de los fieles, pero él mismo pasaba muchas horas en el confesonario; observaba si su moral obtenía frutos; notaba sus efectos y consecuencias; y lo hacía con tal destreza, o mejor, con tal piedad, ciencia y prudencia, que no sabría decir si era más grande el consuelo y el fruto en quien lo escuchaba en las conferencias o en quien tenía la suerte de tenerle por director espiritual. De aquí nacía su carácter expeditivo al confesar. Pocas palabras o tal vez un solo suspiro del penitente le bastaban para conocer el estado de su alma. No hablaba mucho en el confesonario; pero era claro, exacto, clásico, adaptado a la necesidad; un abundante razonamiento no habría obtenido mejor efecto”.

Así pues, don Bosco recomendaba la confesión frecuente; pero la realizaba, más bien, de una manera bastante rápida. Su preocupación principal era suscitar actos positivos de arrepentimiento y resoluciones de mejoramiento moral y espiritual.

3.3. *La propuesta espiritual del acompañamiento de don Bosco*

Para don Bosco, la dirección espiritual no es un elemento marginal de la confesión. Se podría afirmar, más bien, que la confesión constituía la sede ordinaria de la dirección. Con el paso de los años, debido al mayor número de jóvenes del Oratorio y a sus ausencias, disminuyeron sus contactos personales con ellos, pero mantuvo siempre el contacto personal en la confesión. Por medio de ella ayudaba a sus muchachos al progreso y crecimiento en la vida cristiana.

Nos detenemos, finalmente, en presentar de forma muy breve, casi esquemática, los aspectos más relevantes de la propuesta espiritual que lanza a los jóvenes con mayor frecuencia e insistencia.

Ante todo, hay que comenzar destacando que don Bosco inculcaba a los jóvenes el deseo de la virtud, estimulándoles a amarla y mostrándoles lo importante que es practicarla desde la adolescencia y juventud. Movía además el corazón de sus muchachos a desear el paraíso, hacia el que quería que tuviesen siempre fijos los ojos.

En la vida cotidiana, especialmente don Bosco impulsaba a los jóvenes al amor a Dios, concretizado en una gran devoción y en una amistad íntima con Jesús Eucaristía. Jesús debía ser su fuerza y apoyo, el mayor amigo y confidente, tanto en los momentos alegres como en los tristes. En sus biografías describe la felicidad de aquellos muchachos del Oratorio, incluso en la enfermedad y en los últimos momentos de su vida, por tener a Jesús como amigo y poder gozar de su compañía.

Junto a la amistad con Jesús, promueve entre los jóvenes la devoción filial a María. Para don Bosco, realmente, “las devociones eucarística y mariana son interdependientes e inseparables” (Caviglia). Don Bosco orienta a los jóvenes a la práctica devota, al culto filial y a la petición confiada a la Virgen. Para él, la devoción mariana constituía un factor educativo sumamente eficaz y un verdadero factor espiritual: “la auténtica espiritualidad debe estar empapada por ella, ya que esta devoción está profundamente informada por el odio al pecado y la adquisición de las virtudes más sólidas. Es la consolidación de la devoción, de la vida devota, es decir, vida que trabaja en la adquisición de la perfección cristiana”. Por eso, “no se puede separar la devoción mariana de la vida cristiana sin temeridad, como no se puede disminuir su valor y restringir su campo sin hacer languidecer toda la vida religiosa” (Caviglia).

En la orientación espiritual de don Bosco adquiere una importancia muy especial el cumplimiento fiel y exacto del deber. El Santo de los jóvenes tiene una concepción ético-religiosa de la vida, hecha de deber, de compromiso serio y de responsabilidad moral. Se podría decir que, para él, santidad y deber son sinónimos, porque en la mentalidad de don Bosco, el deber y la vida ordinaria abarcaban toda la realidad juvenil: estudio, piedad,

obediencia, amor a Dios y al prójimo. Expresaban sencillamente la voluntad de Dios, lo que Dios quería de ellos en su edad, condición y circunstancias concretas.

Por ello, el deber era el “el primer postulado de la espiritualidad” que proponía don Bosco a los jóvenes y a los salesianos. Es así, porque don Bosco propone el cumplimiento exacto de los deberes desde la perspectiva de la fe de quienes quieren configurarse con Cristo. Desde esta perspectiva sitúa el cumplimiento de los deberes en un horizonte ascético y místico.

Desde el punto de vista ascético, el cumplimiento de los deberes abarcaba a cuantos se refieren al propio estado de vida y condición: deberes de piedad, respeto y obediencia a los padres, caridad hacia el prójimo, estudio, atención en la escuela, ayuda a los compañeros. Todos ellos, don Bosco los proponía desde una perspectiva verdaderamente mística: significaban, en realidad, la entrega total a Dios en las cosas pequeñas y menudas que entretejen la jornada diaria. Significa, en definitiva, el cumplimiento alegre de la voluntad de Dios.

Junto al cumplimiento del deber, aspecto esencial también en la orientación espiritual de don Bosco es el apostolado, que intenta inculcar a todos los jóvenes, especialmente a los mejores. Así, a Domingo Savio, una vez que le confía su voluntad de querer hacerse santo, el propone inmediatamente el compromiso apostólico: “Lo primero que se le aconsejó para hacerse santo fue emplearse en ganar almas para Dios; porque no hay cosa más santa en el mundo que cooperar al bien de las almas, por cuya salvación Jesucristo derramó hasta la última gota de su preciosa sangre” (*Vidas de jóvenes*, 80).

Finalmente, una de las recomendaciones más características y originales de don Bosco es la alegría. Para él, no es simplemente un factor psicológico, sino una aportación esencial a la vida espiritual; representaba la manifestación natural, la explosión espontánea de quien siente la conciencia serena y piensa en el paraíso como en un bien que será suyo. “Alegría, estudio, piedad”, es el programa que propone a Francisco Besucco cuando llega al Oratorio. Y Domingo Savio, con la lección bien aprendida, explica a su amigo Camilo Gavio, que, en el Oratorio, “nosotros hacemos consistir la santidad en estar siempre alegres” (*Vidas de jóvenes* 108). Realmente, “*servite Domino in laetitia* podía considerarse en la casa de don Bosco el undécimo mandamiento” (Caviglia).

Eugenio Alburquerque Frutos